

CULTURA DE PAZ, GLOBALIZACIÓN Y DEMOCRACIA

Jorge Nieto Montesinos

**Director de la Unidad para la
Cultura Democrática y la
Gobernabilidad de la UNESCO**

La tarea que me ha sido encomendada para esta mañana tiene un sabor agri dulce. Es grata porque el encargo del Director General de la UNESCO de representarlo en esta importante reunión, ya en si mismo un honor, me permite tener la oportunidad de aprender de ustedes, hombres y mujeres que están en la primera línea de quienes combaten por el respeto irrestricto a la dignidad del hombre y de la mujer. Puedo, también, volver a ver viejos amigos y recuperar afectos que uno tanto añora. Pero no es grata porque, haga lo que haga, jamás podré llenar la ausencia de Federico Mayor, esa destacada personalidad de la cultura y la política mundiales, con cuyo peso hoy les hablo.

Créanme, si les digo, señores y señoras responsables de la protección de los derechos humanos, créamelo señor defensor del pueblo, anfitrión de esta reunión, que causas muy urgentes le han impedido al Director General estar en esta magnífica asamblea. Me ha pedido, sin embargo, les trasmita su adhesión a vuestra labor, que ustedes ya conocen, y su saludo personal a todos y cada uno.

Como ustedes saben bien, la UNESCO auspicia y participa esta reunión, en primer lugar porque su filosofía fundadora es la misma que la que dio origen hace 50 años a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. También, porque las líneas de acción que son su mandato: educación, cultura, ciencia y comunicación, son parte del proyecto humanista de propiciar el diálogo y el respeto entre todos los seres humanos. Adicionalmente, nuestro actual DG ha recordado el mensaje de fin de siglo que contiene la carta constitutiva de la UNESCO: la solidaridad intelectual y moral de la humanidad, la propagación de los principios democráticos de igualdad, de libertad y de justicia; y la obligación de construir una cultura de paz que nos aleje de los horrores de la violencia y de la guerra. La protección de los derechos humanos es consustancial a estos fines y por eso la UNESCO, como conciencia ética e intelectual del sistema de las Naciones Unidas, está y estará, en la fila contigua de vuestra acción como defensores, promotores y cautores de la vigencia irrestricta de los derechos humanos. En tal empeño se inscribe su esfuerzo por instituir el derecho humano a la paz, como el derecho primigenio sin el cual todos los derechos humanos peligran, así como la declaración del año 2,000 como el año de la cultura de paz.

Contra lo que con ligereza podría pensarse, la cultura de paz que se propone no es una solución simplona o de beneficencia universal. Se hace cargo de una angustia central del mundo moderno. El hecho registrado de que la conciencia finisecular, más allá de un vaporoso milenarismo, parece tener la convicción de que algo muy grande ha cambiado. Todo resulta nuevo, neo o post. Nuevo orden mundial, nuevas tecnologías, nuevas sectas; neoconservadores, neocomunitaristas, neotribalismo; postindustrial, postmoderno, postmaterialista. El uso de los prefijos revelan esa conciencia del cambio, pero también, a poco que se mire, las dificultades para

entenderlo. Usualmente las definiciones de los cambios remiten a aquello que se supone ha cambiado: posindustrial, posmoderno, neoliberal, neocomunitarismo. El resultado es una gran sensación de vértigo y una enorme dificultad para orientarse en el mundo. En la percepción extrema de algunos publicistas de la escena contemporánea, el futuro aparece como un *shock* y la novedad del mundo como una fuga. Imprevisible en el grado de lo absoluto, el mañana sería ingobernable.

La propuesta de la cultura de paz nos trae una definición radical de esa novedad: el cambio de una civilización bélica a una civilización de paz. Con ella se reconoce un hecho cultural de la máxima importancia: por primera vez en la historia humana, de manera masiva y universal, se piensa que la guerra y la violencia son algo indeseable. Muy lejanas parecen ya las ideas sobre la guerra justa, natural, santa, necesaria, virtuosa, o sobre la violencia purificadora o partera de ella historia.

Frente a una racionalidad mecánica, beligerante, unilateral y abstracta, hecha únicamente -subrayo el únicamente- de demostraciones estadísticas y de pequeños cálculos, cuyo ideal es la brillante diaphanidad productivista de la máquina, la cultura de paz propone una racionalidad humanizada, situada, concreta, no por dubitativa incapaz de comprometerse, capaz de tomar partido sin dejar de ser tolerante.

La lógica de la civilización bélica, que es la de la oposición simple, requiere de la abstracción y de la homogeneidad -gusta decir Federico Mayor que hay democracias que aparecen demoscopias, los ciudadanos no cuentan, sólo se cuentan. Y en algunos caso no quieren ni siquiera ser contados. La lógica de la nueva civilización, en cambio, es política: requiere del pluralismo y de la tolerancia, del diálogo y de la creación. Valora la importancia de la comunicación entre y con la gente, para despertar y

canalizar sus energías constructoras. Sabe de la importancia de la palabra pero, sobre todo, de la escucha. El predominio de la imagen ha llevado a algunos a hablar de democracias iconomentarias, de compromisos efímeros y plebiscito cotidiano en el *rating* televisivo; la revolución de las informaciones, en cambio, ha modificado la naturaleza de los auditorios de la cosa pública, elevando su razonamiento y reflexividad y convirtiéndolos en verdaderos parlitorios, insumisos ante liderazgos rudimentarios. En cualquier caso, ese es sólo un nuevo contexto para un diálogo interrumpido que se llama a restablecer.

Desde la cultura de la paz no se dice que no haya guerras o violencia. Habría que ser miopes para hacerlo, sino que ellas han perdido legitimidad como forma de resolución de los conflictos humanos. Es cierto. Aún los más íntimos cultores del autoritarismo y de la imposición deben justificar sus acciones en la imposibilidad del diálogo o aceptar la vergüenza mundial de exhibir un machismo, no por cibernético y quirúrgico, menos primitivo, tanto como el del extremismo que, en nombre de causas nobles, secuestra o asesina. A esa civilización bélica corresponde, también, la altanería ingenua de naciones que se alardean indispensables, por oposición a todas las demás, prescindibles en diversos grados, y de estados que hacen alarde juvenil, aunque de consecuencias funestas, de expediciones punitivas al margen de toda norma civilizada del derecho internacional. También nuestro silencio frente a estos hechos convalida esa civilización bélica.

Desde estas constataciones sociológicas se propone una nueva civilización de paz. Una paz que no se parece en nada a las fantasías pastorales de las conciencias débilmente morales. Esa paz no es sólo fantasiosa, pues cree en arcadias impolutas, sino que resulta aburrida, asfixiante, bovinamente opresiva. La paz propuesta cuenta,

para empezar, con la necesidad de la eficiencia, del cálculo y de gestiones responsables. Sabe de la importancia de la competencia y subraya sus virtudes y hasta su aspecto lúdico, pero nos informa que una competencia real necesita reglas e igualdad de oportunidades, pues en su ausencia, ésta termina siempre en una nueva forma de autoritarismo, el de los monopolios, como la sabían bien quienes equilibradamente iniciaron los procesos de reforma económica, y lo olvidaron luego a quienes los transformaron en ideología y pensamiento único. La cultura de paz es la construcción pública y política de instituciones democráticas, que corrijan las desigualdades del mercado, y es también la renovación ética y moral de cada una de las personas restituyéndole al verbo compartir su fundamento antropológico de miembros de la especie humana.

El surgimiento lento y contradictorio de una civilización, primero no bélica, y luego de paz, reposa en algunas tendencias fundamentales: primero, la variación y la disminución, según los casos, de la autonomía clásica de las naciones-estado; segundo, la desaparición de enemigos exteriores claros; tercera, una paulatina pérdida de influencia de la ideología nacionalista convencional, el ascenso de nacionalismos subestatales y la aparición de una ciudadanía global de la mano con las poderosas corrientes migratorias contemporáneas; y, cuarto, la obsolescencia funcional de la guerra gran escala..

Así, la cultura de paz y los derechos humanos configuran una ética de la vida desde la cual es posible observar el callejón sin salida de la civilización bélica, una civilización que está dispuesta a gastar en un año 815 billones de dólares en erogaciones militares totales, y solo menos del 0.23 % de esa cifra en operaciones de paz. Una civilización bélica en la que los países en desarrollo siguen siendo, pese a la

pobreza de sus mayorías, los principales compradores de armas, y los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sus principales proveedores.

Por eso han declarado recientemente los presidentes del Grupo de Río reunidos en Panamá, con razón, que es precisa una efectiva limitación de los armamentos convencionales en la región y dedicar los recursos destinados a la compra de armas a reforzar el desarrollo económico y social de los pueblos de América Latina y el Caribe. Esperemos que esa declaración se haga realidad pues ella es, en obra, construcción efectiva de cultura de paz.

A las cifras frías del gasto armamentista hay que añadir, en nuestra región, las de la violencia social y delictiva. Esta violencia es tres veces mayor en Latinoamérica que en el resto del mundo: ocurren 140,000 homicidios al año. 54 familias por minuto sufren robos. En cifras económicas por violencia delictiva se destruyen o traspasan anualmente recursos equivalentes a 168,000 millones de dólares, es decir, 14.2% del PBI regional; se pierden recursos humanos equivalentes al 1.9% del PBI regional, esto es, todo el gasto oficial regional anual en educación primaria. Por las mismas causas se pierden en recursos de capital 4.8% del mismo PBI regional. Todo ello hace que por criminalidad se transfieran recursos equivalentes al 2.1% del multicitado PBI, una cifra mayor que la que logran los efectos distributivos, cuando son exitosas, de todas nuestras finanzas públicas. Estas simples cifras solo dan una lejana idea de la dimensión del problema. Añadanle a ella la zozobra cotidiana, especialmente de los más pobres -como lo demuestran diversos estudios en nuestras ciudades, la violencia es, las más de las veces, entre pobres-, pero también de las capas medias o del pequeño porcentaje de la población enriquecida. El resultado es un desastroso descenso de

nuestra calidad de vida, la continua erosión de lo público, la desconfianza y la inseguridad generalizada que impide el desarrollo económico, el agobio de la vida compartida que enriquece a las personas.

Junto con las urgencias planetarias por el pleno respeto a los derechos humanos, la crisis ambiental, el incontrolado incremento demográfico, el malestar y el sufrimiento causado por las migraciones masivas, la crisis espiritual de las democracias, y la pobreza, la desigualdad, y la exclusión crecientes, la barbarie de las guerras y de la violencia constituye uno de los principales temas de una agenda mundial para la gobernabilidad global. Como lo ha señalado el informe *Nuestra Aldea global*, solo la existencia de valores globales pueden ser la base de una acción concertada, de una, como podemos llamarla recordando a Kant, cosmopolítica.

Por ello es necesario pensar los problemas en su complejidad. Las viejas delimitaciones y especializaciones están mostrando sus límites. La construcción de una cultura de paz y la defensa de los derechos humanos ocurren en un mundo convulsionado por una globalización fuera de control. Por lo menos, fuera de control de las instituciones llamadas a conducirlo. Como lo ha dicho muy bien el Presidente Cardoso, la globalización económica, cultural y financiera no ha sido acompañada de la creación de nuevas estructuras mundiales de poder legítimo. La globalización no gobernada -acaso manipulada por los llamados poderes fácticos- es hoy el principal factor de ingobernabilidad y fuente primera de un posible retroceso en una civilización de paz. Nuestros estados nación crujen de impotencia frente al asedio de sus efectos incontrolados.

Al parecer cinco son los cambios sobresalientes en este fin de milenio que como resultado de la globalización condicionan fuertemente la estructura y funcionamiento del Estado-Nación.

- 1) El primero es el dinamismo de las corporaciones mundiales.
- 2) El segundo es la formación de regiones económicas.
- 3) El tercero es el resurgimiento de los regionalismos y las microidentidades colectivas.
- 4) El cuarto, la posibilidad del conflicto entre civilizaciones, y
- 5) El quinto, el desarrollo de fuerzas sociales dotadas de mayor autonomía respecto al Estado-Nación.

Anotaré algunas ideas en torno a estos cambios.

En cuanto al primero, el peso enorme de las corporaciones mundiales, la ubicuidad territorial de las redes de negocios y la magnitud de sus recursos les ha permitido influir en la definición de las políticas básicas de las instituciones monetarias y financieras internacionales, en las estrategias globales de desarrollo y en las políticas económicas de los gobiernos nacionales. El bajo ahorro interno y la insuficiente recaudación fiscal hacen más aguda esta situación. La posibilidad tecnológica convierte a las economías nacionales en sitios y tiempos de transición de las corporaciones.

Las crisis financieras que recorren recientemente el mundo cual contempráneo fantasma virtual, sin límite y regulación significativa, parecen ser solo los primeros síntomas de un proceso que, sin embargo, tal como ha sido encarado hasta ahora, reduce seriamente el margen de acción del Estado-Nación. Se trata, lo sabemos, de

1,400 billones de dólares circulando cada día, 94% de los cuales se realizan en transacciones de menos de una semana.

La formación de regiones económicas es un primer impulso de equilibrio y regulación del proceso de globalización. Esta reunión es, sin duda, parte de ese proceso de conjunción en lo común. Economías y estrategias de escala regional ofrecen mayores oportunidades y ventajas defensivas y ofensivas en los diversos flujos económicos de la globalización. Acaso la regionalización redefine la tradicional autonomía soberana de los estados y propugna lo que empieza a llamarse la ASOBERANIA COMPARTIDA \cong , un verdadero tránsito del estado nación al estado región. Muchos de los nuevos problemas públicos que ya no pueden ser correctamente planteados y resueltos únicamente desde la perspectiva de un solo Estado-Nación.

La modificación sugiere una redefinición del Estado-Nación hacia afuera, pero también hacia adentro: el proceso tiende a otorgar, no sin resistencias de los gobiernos centrales, mayor autonomía decisional y operativa a los gobiernos locales, sin que ello signifique la disolución de los estados, sino, antes bien, el fortalecimiento de su legitimidad. Junto a ello, el despliegue paradójico de regionalismos y microidentidades frente al Estado-nación es otro de los resultados de la globalización. La restauración de identidades sociales más particulares, con o sin acentos fundamentalistas, son un proceso de resistencia a la globalización, pero para otorgarle legitimidad, negocian con el estado nación una nueva inserción o Aautonomía \cong respecto de él.

La hipótesis del choque de las civilizaciones, tan criticada y tan poco comprendida, no puede descartarse tan fácilmente. En ausencia de alineamientos

ideológicos o geopolíticos, ante la crisis del Estado-Nación, algunas sociedades redescubren otros dispositivos y vínculos de integración. La estabilidad y cambio viene dada por un entrelazamiento de una densidad más profunda: la cultura y la civilización. Algunos piensan que acaso el futuro sea una especie de enfrentamiento entre el occidente anglosajón y el resto del mundo. En cualquier caso, también aquí el Estado-nación resulta lesionado. Y ello es especialmente notorio, aunque de modo singular, en países con poblaciones que provienen de vertientes étnico culturales diversas, con sólidos hechos civilizatorios pre occidentales: los países de Mesoamérica, el área andina, el oriente próximo y el lejano.

Finalmente, muchos actores supranacionales nuevos, que discrepan de los Estados nacionales, singularmente las llamadas organizaciones no gubernamentales y nuevas redes mundiales de ciudadanos que el las pistas electronicas permiten, pueblan de plena legitimidad, aunque no siempre de legalidad aceptada, la escena internacional. Su capacidad de acción en relación a cuestiones puntuales es muy grande, así como su impacto en la opinión pública internacional. Ello es particularmente notorio en un tema como el de la paz y el de los derechos humanos. La Adiplomacia ciudadana \cong es la acción de una multiplicidad de redes mundiales de todo tipo. Su eficacia es indudable. Piénsese que las cinco Cumbres Mundiales recientes de las Naciones Unidas, de 1992 a 1996, se han referido a temas que, en un origen, fueron colocados en la agenda publica mundial por estas redes.

Esta situación reclama la creatividad pública y política de todos. Esta política de la paz aparece así como el arte de construir sentidos nuevos que permitan renovar la vida en comunidad, sin la cual la persona es apenas individuo: observar las cosas nunca vistas, aún cuando estuvieran siempre allí; abrir las puertas que permanecían

cerradas, aún si siempre tuvieron la llave al alcance de la mano, encontrar y fabricar conexiones que permitan concertar cosas dispares. La política de la cultura de paz no es gerencia, aun si, como ocurre, la necesita. La política de la cultura de la paz es ese algo más que se agrega al razonamiento del costo y del beneficio, aunque incluya, si quiere ser, el mundo de los intereses y de los recursos. Dialogar y negociar, comunicar y convencer, organizar y sumar. Y en el extremo, recuperar la capacidad de indignación y la vocación de rebeldía y firmeza cuando la potencia ominosa de la realidad nos obliga. La política como obra de imaginación y voluntad.

La política de la cultura de paz es el arte de conectar y comunicar. Ese el meollo de la acción pública de la cultura de paz. Conectar, en particular, los grandes procesos, las grandes decisiones, la gran estrategia, con los problemas menudos, cotidianos, absolutamente apremiantes, de la gente sencilla, común y corriente. Esta es la piedra basal de la pol-ética, vindicación ética de la política: sólo sirve una una idea, una estrategia, si en ella caben y cuentan los personajes sencillos. Allí está el único fundamento razonable de la democracia y, diría, del orden social mismo: en las necesidades, en los deseos, en las angustias y en las esperanzas de la gente común. De allí, el énfasis en una cultura de paz, no unicamente en un tratado , ni solo en un arreglo institucional, más bien en una cultura que moldee el comportamiento cotidiano de todos y de todas, pues ése es el mejor antídoto contra el fanatismo y el utopismo ingenuo, y también, contra la moral cínica de los que solo son retóricos de la democracia.

El cambio propuesto no resulta de la fuerza de los decretos o de los soldados, es propiciado por ciudadanos y ciudadanas cumpliendo su deber ético y moral, consigo mismos, primero, luego, con los demás. No se impone desde arriba, aunque tampoco se establece por las buenas. Germina, al mismo tiempo, en la conciencia de la gente, sobre todo en sus prácticas, y en los líderes que están dispuestos a arriesgarse por obedecer sus convicciones. Es un cambio democrático, incluyente, que no acepta las cosas como son, cuando no están bien, y que se esfuerza por ir poniéndolas, poco a poco, en su lugar. De esa idea deriva la importancia que se le da desde la cultura de paz al tema de la educación, a aquélla que trasmite ciencia y especialmente a aquélla que moldea conciencias e inculca valores de libertad, solidaridad, justicia y compasión. En un momento histórico en que las democracias se han instalado como forma de gobierno en la mayor parte del mundo, ellas también muestran los primeros síntomas de su cansancio. La cultura de la paz previene contra la existencia de democracias enfermas de autoritarismo político, de desigualdad social, de segregación étnica, de dominio de género, y de carencia alarmante de convicciones éticas. Quiere restituirle a los estados sus poderes convocante, habilitador y compensatorio. Quiere profundizar la cultura democrática y lograr una gobernabilidad incluyente.

Este es el mensaje que el Director General de la UNESCO me ha pedido le traiga, lo habrán notado por los temas, en mi calidad de director de la Unidad para la Cultura Democrática y la Gobernabilidad . Estas las razones por las que la organización apoya plena y comprometidamente la gestión de los hombres y las mujeres que en Iberoamérica cargan con la enorme responsabilidad de ser la avanzada del humanismo moderno.

Señoras y señores

Estimados amigos

Voy a concluir.

Pero no puedo, señor defensor del pueblo, terminar mi intervención omitiendo el hecho de que, si bien estoy en esta importante reunión cumpliendo el generoso encargo del Director General de la UNESCO de representarlo, soy, sin embargo, peruano. Y poniendo entre paréntesis la calidad en la que estoy y haciéndole caso a la condición de lo que soy, quiero decirle desde ésta tribuna, señor defensor, en mi condición de ciudadano itinerante de mi país, que así como ocurre adentro de nuestra patria, también afuera cuenta usted con la adhesión activa de todos los que observan la actividad de la defensoría y reconocen en su persona, y en el personal que lo acompaña, un sólido e indubitable baluarte de la consolidación y extensión participativa de la democracia, del estado de derecho, de los derechos humanos y de la plena autonomía de las instituciones, valores de la cultura de paz tan necesarios para hacer frente a los retos del siglo XXI y gobernar el futuro en beneficio de todos los ciudadanos y todas las ciudadanas, especialmente de aquellos que viven en condiciones más adversas.

Señor Defensor del Pueblo del Perú

Queridos amigos y amigas,

Muchas gracias.